

DIRECTOR: Dr. J. Mora López; REDACTORES: Manuel M. Zaldumbide S., Alejandro Andrade Coello y Delfín Orellana

Año I

Quito, Ecuador, Lunes 6 de Febrero de 1911

Núm. 76

"La Unión Liberal"

DIRECCIÓN
Carrera Mejía No. 18, letras B. C.
Quito.—Ecuador.

Administración
Edificio del Palacio de Gobierno, oficina número 10.

Condiciones:
Suscripción mensual, \$ doce mil, un año, \$ ciento veinte mil.
Avisos y remitidos, precios convencionales.

No acepta esta publicación manuscritos de índole personalista, a ningún precio.

Las correspondencias y colaboraciones deben tener firma de responsabilidad y las que no se publicarán a juicio de la redacción no serán devueltas ni se dará explicación.

Se cancela con todos los periódicos nacionales y extranjeros.

El valor de las suscripciones tendrá para el exterior un porcentaje por costo de recargo.

El servicio de suscripciones en provincias, sólo se hace cuando viene adelantado el valor de un trimestre.

En los lugares en que se suprime la agenda, enténdase que es por falta de pago. En este caso, los señores suscriptores solicitarán a la administración de Quito el servicio directo.

La tregua se impone!

Agentes al egoísmo político de todo un tiempo, nos hemos dejado dominar sólo por los sentimientos del patriotismo, ora, luchando por la unión y la concordia del Partido Radical, degracladamente fraccionado a instancias de una aberración inexplicable y afrentosa; ora, colaborando por la suerte de la Patria, hoy más que nunca expuesta a las fustas cosas cunscias de siniestros conflictos internos y externos, que debemos evitarlos con el interés inherente al civismo que debe distinguir todos nuestros actos políticos, fija la mirada en el porvenir del Estado y en la conservación y existencia de la causa liberal en la República.

El desengaño más irritó se apodera de nuestros pechos, toda vez que nos sentimos sacudidos por las ferozestras olas de la disgregación y las odiosidades de un mal comprendido rencor político; distanciados por las venganzas de una oposición sistemática, evidenciada mediante un lenguaje mordaz y rebelde; apoderados de un furor insanable e inoportuno, al calor de la divergencia y el eucano mal concebido entre hermanos que ayer no más juramos lealtad a los principios que encarnan nuestras ideas de engrandecimiento y común bienestar, ¡por qué olvidamos la Patria y miramos con desdén nuestra soberanía y nuestro propia existencia política!

¡Víctimas de la felonía peruana durante todo el tiempo de nuestra vida republicana; raiamente oprimidos por la insaciable ambición de nuestros

vecinos del sur; despojada nuestra extensa y férax tierra oriental por la mala fe peruana de siempre, que, rebela a la justicia y al derecho que nos asisten, ha burodeado sus propios Tratados y ha hecho nungarías todas nuestras aspiraciones honradas y generosas, ¡qué nos queda en el porvenir!

Sacrificar, en aras de nuestra autonomía, todas nuestras recuillas de partido, dándolas, por lo menos, una tregua levantada y franca, que nos permita prepararnos a la santa guerra de la reivindicación de los derechos indubitables que nos asisten, a esa guerra sin declinación a la que nos obliga nuestro nombre de ciudadanos de una nación independiente, valerosa y libre, surgida a la existencia política, al calor de la noble sangre de nuestros padres!

El Perú se acorta, a diario, mostrándonos su actitud belicosa e irrogándonos la buria coardado a nuestros reclamos de todo un tiempo, creyéndonos degenerados y débiles.

El Perú, cuya felonía es secular para nosotros, porque desde los tiempos precolombianos ha mostrado avieso y mentido, no respetará jamás nuestros títulos de dominio y propiedad y nuestras gestiones internacionales resultarán siempre estériles y sin efecto.

Esa Nación disociadora y ambiciosa, menguada ante el fuerte y soberbia y pretenso ante el débil, no reconocerá nuestros derechos sino cuando la *cración de la fuerza* la alieccion, por segunda vez, en los campos del honor nacional.

Ella espera un segundo *Tarqui* y a nosotros no nos queda otro procedimiento que lanzarnos a la guerra de la reivindicación a que nos obliga nuestra dignidad herida por su proberbial felonía.

Para ello, es menester detenernos en el campo político de nuestras aberraciones y aprestarnos a la lucha que asegure la integridad de nuestro territorio; aprestarnos con todas nuestras fuerzas y nuestros recursos, resueltos a salvar la magestad de la Patria con el contingente de nuestras vidas, porque a ello nos impone el deber de pueblo autónomo y libre.

Demos tregua a nuestras divergencias de casa; busquemos el arma reivindicadora y vollemos a nuestras fronteras en busca del secular enemigo que tan desola a la patria. No somos menguados ni débiles; somos un pueblo activo, acostumbrados a ir en el conflicto y a obtener el laurel de la victoria en los campos del honor y al fragor de los combates.

La tregua se impone para salvar nuestras fronteras, y adelante, leguendarios hijos del heroísmo y el martirio!

Cubramos las filas y juremos, una vez más, en los altares de la Patria, vencer o morir envueltos en el Pabellón que nos legaron, con gloria tomacorrible, nuestros incófitos defensores, a costa de su sangre viril y generosa.

TREGUA para las hostilidades luchas fratricidas o UNION para la santa guerra del Derecho y la Justicia, hé ahí nuestro dilema.

El próximo Conflicto

INTERNACIONAL

La sombra del Zar de Rusia se proyecta en Europa, y la ambición japonesa se levanta sobre el Océano PACÍFICO

No se habían extinguido aún las vibraciones del cable que anunció al mundo la conclusión del tratado de amistad y alianza entre el imperio ruso y el imperio japonés, cuando ya sorprendieron a los asiáticos igualmente sensacional: la anexión definitiva de la Corea a la potencia amarilla. Y decimos sorprendieron, no porque la anexión fuese una novedad inesperada, sino por la premura y el encadenamiento de los sucesos de carácter internacional que ejercen positiva influencia en Europa y en América.

Con el tratado de amistad y alianza esas dos naciones árbitras del Asia, aseguran el statu quo del Oriente y su hegemonía inmediata en los mares asiáticos.

Desentendiada Rusia del Oriente, y consolidados allí sus intereses, ya puede dirigir más atentamente sus miradas a Europa y al Occidente. Y luego, qué puede pensar ese tratado en la labranza que regula el equilibrio europeo? Sea de esto lo que fuere, es lo cierto que la Europa continental se ha puesto en pie, especialmente Alemania y Austria, por su vecindad con la Rusia. Y, a la verdad, no carecen de razón, porque la Rusia es un vecino poderoso. Está fresco aún el recuerdo de sus desastres en Manchuria y en los mares del Asia, pero es un hecho admitido por la conciencia Universal, que tales desastres se verificarán por falta de preparación y por la enorme distancia al teatro de los sucesos. Además, esos desastres fueron una enseñanza que el Gobierno ruso ha sabido aprovechar, y sobre ellos, aparece siempre sereno y majestuoso el heroico soldado moscovita, que, como sufrido y valiente, no reconoce superioridad.

Por otra parte, queda abierta al Japón la amplia vía del Pacífico, cuyo dominio disputará tarde o temprano al que se interponga en su camino; y si Europa se ha apercibido al toque de alarma de los actuales sucesos del Asia, los Estados Unidos de América deben ponerse en guardia, porque, en todo caso, son ellos los que por su interés en el Pacífico y por su posición geográfica, harán de recibir el primer choque de la expansión amarilla; choque que, dada la potencialidad de las dos naciones, debe ser formidable.

Si debiéramos de tomar por base el número de habitantes de las naciones, a la hora actual, el orden en sentido descendente, sería así: China, Rusia, Estados Unidos, etc.

Las dos últimas guerras del Japón se han verificado contra las dos naciones más notables del planeta y en ambas ha sido triunfante.

La guerra con China tuvo por objeto eleminar la preponderancia del Japón en la zona amarilla y preparar su hegemonía en el Oriente. Su plan, ordenado y matemático, se vastió y hasta la guerra con Rusia, preciso es confesarlo, lo ha realizado con admirable previsión y exactitud. Para terminar una obra, estándole a favor por medio los Estados Unidos

de Norte América y la Francia. ¡Qué pasará en el porvenir!

Rusia observaba la contienda con China y hasta fue actora en segunda línea, pero, a la hora del triunfo, se apoderó del botín, hizo promesas sin ánimo de cumplirlas, y juzgando romántico al Japón, creyó dejarlo entretejido y satisfecho con su montón de laureles. Lamentable error.

De ahí tomó pie la sangrienta lucha que durante diez y ocho meses enaengrentó los campos de la Manchuria y las aguas asiáticas, y de ahí surgió la grandeza real, la grandeza efectiva del Imperio del Sol Naciente. Sus triunfos causaron la admiración del mundo, y las naciones tuvieron que inscribir al imperio amarillo en el número de las grandes potencias.

Cuando terminó la guerra entre el Japón y China, el pueblo del Japón protestó a gritos contra los términos del tratado de paz, porque entendió que las concesiones no estaban en relación con las ventajas obtenidas en la guerra ni con los grandes sacrificios del país, y porque, a su juicio, se daba a Rusia una intervención a que no tenía derecho; pero cuando la efervescencia nacional había llegado a su colmo, el gobierno pronunció secretamente en el oído de esa nación una palabra que podría decirse una consigna, a cuyo efecto el pueblo emudeció y volvió no sólo resignado, sino tránquilo a sus hogares.

Pocos años después, el eco de esa consigna repercutió en Manchuria y el estampido del cañón hizo retumbar las alturas de Mukden y de Liao Yang y estremecer las cunzas del océano.

Cuando mediante la enérgica y activa intervención de los Estados Unidos se firmó en Portsmouth el tratado de paz que puso fin a la guerra ruso-japonesa, el pueblo del Japón gritó más alto y lleno de rabia. Juzgó que el tratado deshonró a su patria, y se levantó contra la supremacía alcanzada en los campos de batalla y las bases del tratado. Veía con recelo y tal vez hasta con odio e desagrado extraño que desde el otro lado del océano intervenía—indebidamente a su entender—en un asunto que sólo incumbía a las potencias beligerantes. Con tales motivos, se encresó la ira popular, pero cuando ya era imminente un grave trastorno interior, otra palabra secreta y misteriosa surgió al oído de las masas y transmitida por todo el imperio con la velocidad de las ondas eléctricas, produjo el súbito la calma y la tranquilidad más absoluta en ese pueblo extraordinario.

Y aquí cabe preguntar: ¿resonará en alguna parte el eco de esa última palabra misteriosa? Pretendiera el gobierno japonés que el faro de Tanhaimo ilumine todo el Océano Pacífico y acaso hasta las costas occidentales de América. No hay duda, esa lámpara funeraria que señala una tumba y pregunta una gloria, es el símbolo de los ideales y tendencias del Japón.

A la verdad, entendido el Japón con Rusia y subleada en los viejos pactos con la Unión Británica, sólo queda al primer paso un obstáculo para el dominio del Pacífico: los Estados Unidos.

Del triunfo de los Estados Unidos sobre España, obtuvo con Rusia y subleada en los viejos pactos con la Unión Británica, sólo queda al primer paso un obstáculo para el dominio del Pacífico: los Estados Unidos.

La doctrina de Monroe se extenderá allí contra la doctrina «Asia para los asiáticos», doctrina que, a juzgar por las tendencias de la política oriental, trata de ponerse en vigor a toda costa.

Rusia al cabo, se en heterogeneidad de ratos, se inclinara a la raza amarilla, tanto por sus grandes intereses en el Asia, como por su inengable parentesco étnico con los asiáticos. Napoleón, hablando de la Rusia, decía: «basta frotar a cualquier ruso para sentirle de pronto olor a tartaró».

El Japón, la Inglaterra Amarilla, como con tanto acierto se la ha llamado por su posición geográfica y su poder marítimo lo alatlava que vigile en el Pacífico al coloso de la América, y mientras tanto su aliada, la Rusia, servirá de avanzada para observar a la Europa continental.

El Japón y los Estados Unidos se observan con mirada oblicua y recelosa. Hay entre ambos dos abismos: la profunda diferencia étnica y la supremacía del Pacífico.

Cuando el Japón comenzó su guerra con Rusia, tenía alrededor de cincuenta y siete millones de habitantes. Hoy sumas la Corea y las demás ventajosas de la guerra, se acerca a sesenta millones.

El último censo de los Estados Unidos acerca una masa de diez cinco millones. Mas, degracladamente para estos, la historia y la experiencia enseñan que, más que las listas de hombres, importan las capacidades y los elementos.

Aunque los sentimientos de fraternidad y las tendencias de la civilización condenen en nombre de la humanidad las contiendas armadas, triste es el fearto: estamos muy lejos de la realización de tan hermoso ideal que, hoy por hoy, no pasa de ser una manifestación de platonismo internacional.

La ley histórica comprobada, el hecho brutal, irresistible, abrumador, es la ley del más fuerte, así en la lucha de la naturaleza como en la lucha de los hombres. Tal es la enseñanza de la historia a través de los siglos.

El triunfo de la fuerza del derecho sobre el derecho de la fuerza, no es hoy sino un ideal. Mas, por ser ese noble ideal un espejismo, ¡no habremos de seguirlo en el desierto de la realidad!

Dario Corzo Eguar.

Tiranías conservadoras

Despírtalos y promios
Perdidos y sangre....

IV

Vamos a ocuparnos en este artículo de dos hechos delictivos, horriblemente criminales como los que García Moreno arrastró electorales de no poca vital, en su vida pública de traidor y asesino: lo primero, está confirmado en sus cartas a Triunfo, Encargado de Negocios de Francia, de fechas 7, 14 y 21 de Diciembre de 1859, en las que cuenta la resolución de UNIR la República del Ecuador al Imperio francés bajo las condiciones analógicas a las que condi-

ten entre el Canadá y la Gran Bretaña, salvo las diferencias que hubiese que introducir por la fuerza de las circunstancias.

«Teniendo—continúa el felón—la seguridad de que la energía voluntad del Emperador nos prestaria cooperación y apoyo, no nos daríamos en a bajar asiduamente para obtener de la Convención que debía reunirse el triunfo de nuestras ideas; pero si no contamos con aquella seguridad, a menos poderíamos hacer, ó al menos podríamos alcanzar».

En su funesta carta del 21, sigue insinuando el traidor su infame consigna: oligamósto!

«No se trata únicamente de una garantía PARA LA CONSERVACIÓN DE UN HOMBRE EN EL PODER GARANTÍA QUE ES NECESARIO DECIRLO, HAN EXIGIDO MUCHAS VECES LOS JEFES AMBICIOSOS DE ESTAS DESGRACIADAS REPUBLICAS. SE TRATA AL PRESENTE, NO SOLO DE LOS INTERESES DEL GOBIERNO DEL QUE SOY MIEMBRO, sino también del interés de este país que quiere LIBRAR SE DE LA AZOTE DE LAS REVOLUCIONES PERPETUAS ASOCIÁNDOSE a esa gran potencia de cuya paz y civilización puede participar. SE TRATA TAMBIEN DEL INTERES DE LA FRANCIA, PUES QUE ELLA SHERA LA DUENA DE ESTAS BELLAS REGIONES QUE NO LE SERÁN INÚTILES.»

Esa tregua, escandalosa tradición al Ecuador, estaba, como se ve, encarnada, únicamente en la depravación de sólo un Flores y un García Moreno, sedientos de poder y mando en esta entonces desgraciada República, donde hicieron, a maravilla, el papel de tiranos, verdugos y estafadores.

Flores quiso arrastrarla a la monarquía de la corona de España; y García Moreno, tan sanguinario y ambicioso como aquel, se dejó convertir en propiedad dependiente del Imperio francés.

Bandidos así honor y sin conciencia, cuántas veces intentaron llevar a los mercados de Europa la autonomía del Estado, sólo por ambiciosos personales, justamente maldicidos por la posteridad consciente y patriota.

Más, en tanto que García Moreno, EL HIJO PREDILECTO DE PIO Y SUS SECUACES, gestionaba activamente por consumar la escandalosa traición a la Patria, llenaba de aprobacion a un General de la Independencia, «de conducta sa-gaz y moderada», dominado por el furor satánico de que estaba siempre poseído.

«Al General Ayarza que goza de buena estimación popular por sus servicios a la Independencia», a esa guerra magna del Derecho y la Libertad, le condenó a QUINIENTOS LATIGAGOS, los q[ue] causan horror el decirlo le fueron aplicados en un cuartel y a presencia del mismo tirano,....

«Por qué le condenó a semejante castigo? «Cuando García Moreno nos dice don Pedro Moncayo—insultado de hecho y de palabra a Buenos Aires—en la oficina del Ministerio de Hacienda, en tiempo de Eca, en 1848: Ayarza se puso de por medio para evitar que se esclavizara. Otra causa de resentimiento fue la presencia de Ayarza en Guano, donde el General fuso de»

